

Átomos en letras

Memé



Capítulo 1

Volar para vivir

-Juan vive volando- dicen todos, todo el tiempo. Pero él está ahí con ellos, en el mismo lugar, pisa el mismo suelo, escucha gente que no quiere escuchar, ve cosas que no quiere ver, vive una vida de la que no le interesa, en absoluto, formar parte.

Convencido por sus amigos, prueba si puede volar y termina acostado en el suelo, y no escucha ni ve más nada. Y puede, por fin, vivir en libertad.

Capítulo 2

¿Van a desaparecer?

El dinosaurio, un día se despertó. Y entonces nos miramos, pero no con los ojos, nos miramos con el alma. Nos sentimos. Todo el pueblo se sintió y temió, como hace unos años atrás lo habían hecho otros. No habían desaparecido. Sabíamos que, si uno había podido despertarse, lo harían los demás.

Capítulo 3

Son babas del diablo

Un hombre cualquiera como cualquier otro, pasaba el día en un río cualquiera como cualquier otro, acompañado de una bella mujer como cualquier otra bella mujer.

El Sol estaba poniéndose en las cinturas, el día había estado espléndido y continuaba así. La noche se acercaba y parecía seguir del mismo modo.

El hombre y la bella mujer descansaban en su lancha. Próxima a ésta había un bote, una familia, una niña saltando y corriendo en él.

La niña sube a la popa, camina, tropieza y cae. La familia mira atónita, sin saber qué hacer. El hombre de la lancha, sin pensarlo, salta a rescatarla.

La agarra y la toca, logra subirla al bote y la devuelve con vida. Su madre, lejos de agradecer la vida de su hija que le ha sido devuelta, escandalizada porque aquel degenerado tocó a la niña, lo acusa de haberla seducido a la distancia para que ella salte y el pueda manosearla. –Perverso-, acusaba. A él no le salían las palabras, buscaba refugio en los ojos de su mujer pero del otro lado había la misma expresión helada y desencajada en el rostro.

El caso es llevado a juicio. Se presentan como pruebas las filmaciones del momento de la caída. Todo estaba monitoreado. Hoy todo puede verse las veces que sean necesarias.

En las filmaciones se ve al bote y la lancha, cada uno en su mundo. La pareja charla feliz y se distrae de la cotidianidad de siempre mientras la niña juega. Hasta que se observa claramente que la pequeña tropieza y cae por su cuenta, y que el hombre de al lado salta a rescatarla mientras su familia no reacciona. Lo que sucede bajo el agua no llega a verse. Por descarte, se deduce que el hombre toca a la niña. Y la palabra de la madre, segura de lo que vio, puede más. Por ende, el hombre es acusado.

Se dictaminan, para el acusado, seis años de prisión por inducción al suicidio y ocho años por acoso a un menor de edad.

Este hombre cualquiera como cualquier otro, acusado injustamente como cualquier otro, es llevado a prisión. Pero no a una cualquiera como

cualquier otra.

Lo meten en un cubículo, y en él, lo encierran dentro de una caja de madera más angosta. Cubren sus manos con trozos de tablas con el ancho y el largo de cada dedo de la mano. Le cubren la cara, dejando cuatro orificios: los ojos, la boca y la nariz. Y en la caja, una pequeña ventana de vidrio. Su único contacto con el afuera. Y otro orificio pequeño para que pase una gota de aire, otra de agua y migajas de pan.

El acusado no entiende, no para de pensar y revivir las imágenes. No cree que por haber salvado una vida, fuera condenado como el peor abusador. No cree que la versión de la madre, descarrilada por los nervios, haya servido de prueba suficiente para arruinar su vida. Él solamente estaba tranquilo con su bella mujer, disfrutando su día libre. Con su bella mujer... Amanda ¿cómo estaría ella? La extrañaba con cada partícula de su ser, con cada gota de aire que podía respirar y cambiaría con la condición de poder pasar, en sus brazos, un minuto más, un minuto real de felicidad. La amaba tanto, su pelo, sus ojos, su sonrisa, sus ideales, sus puntos de vista, su piel tan suave.

Amanda lo distraía de la muerte. La mano de Amanda apreció reflejada en el vidrio, era su lunar en el dedo meñique. Era su lunar, era su mano, era su vida, era su Amanda. Él le devolvió el gesto con una pasividad extraordinaria.

Al lado de ella, estaba la niña. No sintió rabia al verla. Sintió que el mundo se desarmaba y volvía a armarse de nuevo. Él conocía sus intenciones. Él no había hecho nada y aquella desconocida niña que le regalaba su sonrisa, cargada de culpa, lo sabía. Los pensamientos avanzaban y la rabia apareció. La niña se despidió y salió del cubículo sin notarlo. Amanda seguía pegada a la caja. Otra vez sus manos. Y otra vez esa falsa paz.

Es momento de irse, la mujer llora desconsoladamente, no volverá a verlo por un largo tiempo. La niña se abraza con su tía y su abuela, las encargadas de llevarla a la prisión a escondidas de sus padres, quizás para calmar un poco la culpa.

Amanda, la bella mujer no baja los brazos, apela a la inocencia de su marido. No había pruebas concretas contra él, ese fallo era una falla acérrima. En las filmaciones lo único real que se veía era a Gabriel salvando a la criatura.

Después de seis años de incansable lucha, deciden liberarlo por falta de pruebas. Pero el liberado ya no era el mismo apresado. Entrar y salir de ese pequeño cubículo...

Amanda lo va a buscar, lo había esperado y luchado por él esos larguísimos seis años. Ella había visto a la niña, para la que no había pasado el tiempo, en la prisión ese mismo día. La niña seguía siendo aquella pequeña que les había cambiado la vida. Y allí estaba para darle la bienvenida, le había comentado. Pero la pequeña desaparece en un instante, en aquella misma prisión.

Gabriel es liberado. Cuando sale de la celda, camina hasta la recepción, abraza a Amanda y lloran con desconsuelo. El amor seguía intacto, aunque tampoco era el mismo, esta vez no podía cambiar las cosas. Esta vez ya no había fe.

De las celdas se escuchan gritos, alaridos desesperados, que retumbaban como taladros en los oídos de quienes los escuchaban y sentían el dolor y esa picazón en la garganta que asoma cuando quieres gritar y las cuerdas vocales no te dan para más.

Todos corren para allí. Todos menos él, que se queda parado, como si no escuchara, ni viera, ni sintiera nada ya. Amanda llega a la antigua celda donde estuvo su marido durante seis años. El olor del lugar era pesado, desagradable, putrefacto, como cuando se huele un animal muerto. La tía y la abuela de la niña se abrazan bañadas en algo turbio de un color rojizo. La abuela mira aterrada, arrodillada en un rincón, señala al techo. Amanda alza la mirada, sin entender. El cuerpo estaba colgado, lleno de sangre y su ropa estaba en el suelo.

Todo apunta al hombre. A Gabriel. Esta vez sí.

Capítulo 4

Ocultos

Como el hombre estaba de espaldas, ella aprovechó para disfrutar un segundo su figura. Lo miró mientras la ayudaba a ordenar. Y pensaba, tal vez, lo mismo que él, aunque se encontraran mirando panoramas diferentes. Soñaba no tener que esconderse más y poder mirarlo todo lo que quisiera sin ningún límite.

Él levantó la vista y tenía sus ojos avellana clavados. Se estremeció, sintió como si todo en el lugar temblara. Su sobrino llegaría inmediatamente y él todavía no había empezado a organizar su parte del trabajo. Quería correr y rodearla con sus brazos para que nadie más se le acercara ni la tocara, quería que sus pulmones se llenaran de su aroma y que sus labios no se despegaran ni un segundo en toda su eternidad. Pero tenía que limpiar la cocina, preparar los ingredientes para los pedidos de las órdenes encargadas, contar el fondo de la caja y llenarse los ojos de ella todo lo que pudiera hasta que la gente empezara a venir. Después sería muy evidente.

Capítulo 5

Los Conojos

En la costa, me encontraba acampando una madrugada con mi amigo. Junto a una fogata, yo cubierta por el frío que me daba el mar, lo miraba cómo él jugaba a atrapar ranas con dos vasitos.

Lo veía y la expresión en su rostro era tan bella, sonreía con los ojos y se divertía como un niño. Ese rasgo en su mirada era tan distintivamente alucinante, hermoso.

Yo nunca había visto una sonrisa que se expresara por los ojos. Lo descubrí ese día y desde entonces, no paré de buscar esas muecas. Pero, en esa búsqueda, descubrí más, descubrí toda la belleza que el mundo albergaba. Y ella era tan simple como una sonrisa.

Embelesada por ese rasgo de hermosura, miraba a cada persona que captaba en el momento justo de esbozar una sonrisa y achinar los ojos. Loca estaba por ver todas aquellas muecas que había cercanas a mí. Así descubrí todo tipo de variantes, con o sin ojos. La observación había ido más allá.

Algunas tenían dientes que brillaban y como el Sol, iluminaban al que los veía. Había otras que, curvadas, danzaban como hojas que caen en otoño. Éstas mostraban complicitad y ruborizaban, incluso, al ser humano más fuerte. Otras se daban entres dos personas con una conexión especial. Solo ellos se entendían. Eran sonrisas cómplices, sin dientes, pero con una mirada distinta que hablaba de una historia que los unía. También había sonrisas de bienvenida, con todos los dientes y muy cálidas, educadas.

La seductora era una de mis preferidas. La mirada en ella era tan intensa y crucial. Todo el mundo espera este tipo de sonrisa, sin excepción, no importa religión, cultura o creencia política. Pero no todas las sonrisas indicaban placer. Algunas eran incómodas, cargadas de vergüenza y de gritos internos que piden huir de esa causa que las provocan. Así como la incómoda, estaba la confiada. Para mi gusto demasiado forzada. La vi siendo usada para demostrar confianza y nos obliga a mirar para adelante, seguros de lo que estamos por hacer. ¿Cuántas veces sonreímos para tomar el control de la situación, para ocultar el estrés y adaptarnos?

Así pasaban mis días, iba del trabajo a la facultad, de la facultad a mi casa y en el camino, entretanto, veía. Veía mucho todas estas muecas hasta que llegó el día que todo empezó a repetirse y se volvió monótono y aburrido. Así es como puede tornarse la vida, rutinaria, hasta que algo te

impacta.

Y ese impacto llegó, por fin. Lo vi una tarde camino a la facultad. Estaba ahí.

Tenía esa extraña sensación de conocerlo, aunque eso era imposible. Jamás había tenido contacto con él. Como nunca pude quedarme con la intriga, no era algo posible en mi organismo, tuve que enfrentarlo y preguntarle quién era.

Entonces empezamos a charlar, en el medio de la calle, en el medio de la vida. Nos conocíamos, de alguna manera habíamos estado conectados y lo sabíamos porque lo sentíamos. Nos pasamos las tardes siguientes riéndonos de todo, no de todos, de todo. Nadie en el mundo había sido capaz de reírse tanto como nosotros en aquellos días.

Él no tenía ojos pero podía ver más allá. Él lo veía todo. Cosas que trascendían de nosotros los "conojos", como solía llamarnos a los que no teníamos el defecto de la ausencia de esas dos esferas que nos ciegan tanto y no nos damos cuenta.

Él tenía un ritmo en sus ojos diferentes del de todos los demás en este mundo. Esa ausencia no lo hacía deficiente, lo hacía único. Único por poseer tal hermosura.

Con él descubrí que la mejor sonrisa no era la que te achina los ojos, si bien seguía pensando que esa era terriblemente bella, sino la que puede verte más allá, esa sonrisa sin imágenes, esa sonrisa que es parte de un imán que te aleja de este mundo.

Capítulo 6